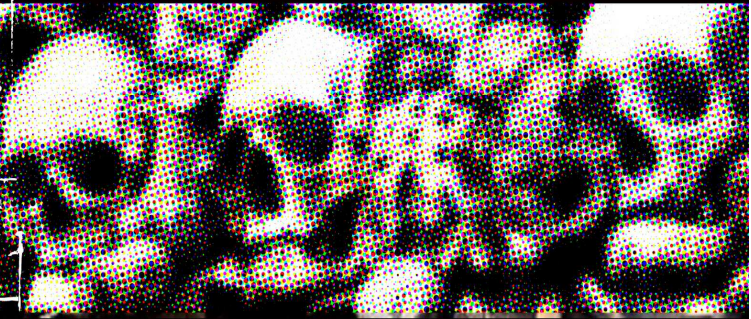




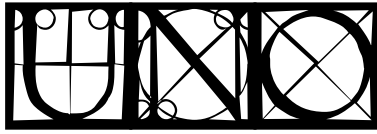
LA COMPañÍA



Curro Rodríguez

*La
Compañía*

*por
Curro Rodríguez*





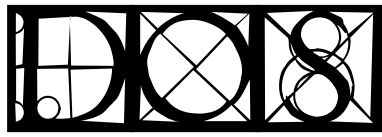
o recordaba cuantas eternidades llevaba allí postrado. Un día tras otro, me veía mirando al infinito intentando llevar la cuenta de los siglos que la gravedad continuaba haciendo de mí un esclavo, comido por los gusanos de la estática y mimetizado entre las alimañas ocultas en el polvo. Nadie tenía planes para mí. Yo mismo había renunciado a reflejarme en un lejano y quimérico plan de acción, de movimiento autónomo. Y no porque no lo hubiera intentado. Durante buena parte de mi existencia me vi obligado a diseñar un mundo fuera de aquellos muros infinitos, a urdir un esquema vital de lo que sería una existencia plena, libre de las sórdidas ataduras que me amarraban en aquel lugar. Días enteros se daban la mano con meses completos y años finiquitados, intentando encontrar el modo de llevar a cabo tamaña hazaña. Esperaba escrupulosamente el momento adecuado para ponerme en marcha. Examinaba mi alrededor, calculaba las probabilidades de acción y fuga, pero al mas mínimo indicio de incertidumbre, abortaba la misión. Lo cierto es que perdí la cuenta de las ocasiones que se hundieron en el fango de la indecisión. Esperaba, esperaba y esperaba, pero nunca llegué a concretar qué demonios estaba esperando. Mientras, seguía consumiéndome por el polvo de la esperanza que se amontonaba sobre mis hombros.

Cada vez que me ponía a maquinara un nuevo plan, tarde o temprano me veía reflejado en un cubo de latón que tenía cerca, que deformaba mis gestos de entusiasmo, para convertirlo en una cómica efigie sin gracia. Y así me ahogaba en un bucle de martirios visuales que nada tenían que ver con mis primigenios planes de evasión. Al momento había olvidado el croquis de la huida, y sólo el esperpento y la deformidad asediaban el quietismo que me dominaba. Por una razón u otra siempre terminaba enfrentándome, no ya con las monstruosidades que me rodeaban, sino con mis propios humores biliares, negros como el futuro y hediondos como la estancia en la que me consumía. Resumiendo, me había cansado de esperarme.

Quizás fuera por la magia que tiene no seguir las autoritarias órdenes de un diseño orquestado, o simplemente por pura y llana resignación, las cosas cambiaron con el paso del tiempo. Como si algún tipo de suceso paranormal fuera a suceder, el ambiente que me rodeaba comenzaba a agitarse levemente. La monotonía cotidiana se estaba viendo perturbada por una serie de movimientos, no escandalosos, pero si perceptibles para alguien acostumbrado al silencio lineal. Los rumores inundaban las paredes del cubículo que me albergaba, un continuo vaivén de siseos cruzaban delante de mis narices a

intervalos, sin compás pero sin interrupción. De este modo, fui albergando la seguridad de estar viviendo algo diferente, fuera de lo común, un temblor de acontecimientos en aquel escenario sepulcral. Y esa sensación, la novedad convertida en deseo, cambió la mueca de mi rostro durante aquellos días, conseguí mirar al frente y alejar de mi vista los fantasmas que reflejaba el suelo. Si hasta el momento, sólo un hedor marchito me acompañaba, la fragancia de lo inesperado me estaba despejando las fosas nasales. Y así, el polvo de mis pensamientos se fue esfumando, lavé las legañas de mi horas de aburrimiento, y me fui acicalando para recibir la noticia que tantos ciclos de eternidad llevaba esperando. Estaba listo para lo que viniera.

Fijo, dedicando una sonrisa a la puerta. Inmutable, exhalando las primicias por venir. Aburrido, esperando quién sabe qué demonios para no aburrirme. No me movía, no pestañeaba, ni un mísero crujir de articulaciones. Sólo la espera azotaba mis entrañas. Y cuando ya todo parecía haberse convertido en un círculo alimentado de vicios absurdos, por fin llegó el momento. Se oyó una letanía de pasos acercándose, aguanté el tipo, rígido, sin perder ni un solo instante la sonrisa que había construido para el momento, miré hacia la puerta. Se hizo de rogar, y casi reviento de tanta emoción enjaulada, pero al fin, el devenir y la necesidad se unieron, y los hechos se impusieron con firmeza: se abrió la puerta. Y allí estaba, aquel ser con aspecto de abandonado, imponiendo con su rostro un estado de terror a todo lo que le rodeaba. Llegaba desgastado y sin dar muestras de poseer la más mínima emoción. Y sin embargo, no dejé de ofrecer mi sonrisa de niño entusiasmado por los acontecimientos, me encontraba aliviado y sólo pensaba en la nueva capa de moho y polvo que mis nervios volverían a coleccionar. Por eso no dejaba de sonreír, ni siquiera lo hice cuando aquel nuevo ser fue arrojado junto a mí, y su miembros desencajados se retorcieron en mi cara de estúpido complaciente. Nada me importaba, todo el pasado desaparecía detrás de una mueca de alivio: tenía compañía.





El seguidor de mí mismo, jamás había pensado en la posibilidad de tener a alguien a mi lado. Demasiado tiempo envuelto sobre mí mismo, con lo que había conseguido prescindir de cualquier conciencia que no fuera la mía. Había estado solo, y como no podía compararse con nada que se pareciera a lo contrario, jamás perturbé mis profundas preocupaciones asimilando la idea de tener compañía. Y sin embargo, por quién sabe qué entramado de circunstancias, de fatalidades, de destinos improbables, me habían arrojado casi en mis narices, un compañero de esperanzas, alguien con el que poder dividir entre dos la angustia, el aislamiento. Aun no lo sabía, estaba convencido de ello, pero sin lugar a dudas mi nuevo compañero terminaría por diluirse en el ambiente y aceptar que se encontraba junto a mí, sorbiendo de mis incertidumbres, vaciando el vaso de mis velatorios. Y era una idea me hacía no borrar la sonrisa descarada que aun conservaba, y aun cuando más y mayores festejos hubiesen sido una grosería por mi parte, no podía evitar el impulso de sentir un merecido placer ante el panorama que se me regalaba.

Al principio, la relación fue inexistente, salvo la sombra deformada que proyectaba sobre mi nuevo compañero. Había llegado hecho polvo, chirriando miedo, lo cual a mí me venía de perlas. Con su silencio me estaba construyendo un traje a medida, y la pesadumbre que mostraba me ayudaba a continuar con mi existencia, motivándome, olvidando que era la misma masa de mierda olvidada que él. Pero a medida que su rostro iba recomponiéndose, que su semblante se endurecía, mi fondo de armario se iba vaciando más y más. Era como si toda la energía que había decidido chuparle hubiese revertido en su propia recuperación, como si el hedor de parásito que me cubría estuviese siendo reciclado en fragancia de supervivencia. Ya lo estaba viendo venir, algún día de estos no sólo se iba a comunicar conmigo, sino que decidiría pedirme explicaciones, o peor aun, entendería la reciprocidad como un deber y una obligación, y pronto se haría un experto taxidermista con la piel de mi voluntad, vaciaría los líquidos de mis únicas ilusiones y pondría en su lugar la piel muerta de su victoria. Qué horror. No podía permitirlo.

Pero no todo fue tan sencillo, aun cuando hubiera puesto en marcha el plan maestro de recuperación de mi estatus perdido, los arcanos de la estrategia me jugaron una mala pasada. Cuanto más me empeñaba en retornar al origen, más obstáculos me asediaban, redoblada me engullía su firmeza, superlativos me devolvía los golpes. Comenzaba a

zozobrar en un mar de indecisiones, sólo quería estar solo, quemándome las entrañas con la bilis oscura del aburrimiento. Sobrábamos uno, desde luego, y tal y como se estaba poniendo la cosa, el premio gordo me iba a sepultar de por vida. Finalmente se dirigió a mi:

- ¿Cuánto tiempo llevas esperando?- Dijo.

Habría jurado que el escenario sería como una especie de juicio a las puertas del infierno, donde llegas después de esperar inimaginables eternidades, y una especie de sombra negra humeante te pregunta:

- ¿Eres lo suficientemente indigno para cruzar el umbral de estas puertas?
¿Mereces estar aquí? ¿Ha valido la pena esperar?

Preguntas que desde luego, podrían ir con una respuesta oculta, un misterio calibrado a prueba de necios, pero ni eso. No sabía muy bien como encajar la pregunta. ¿Qué quería que le dijese? Me imagino que la verdad. Pero ni yo mismo podía acercarme lo **más** mínimo a una cifra real de siglos o años o meses. Llevaba tanto tiempo inventándome la realidad que cualquier intento de abordar la verdad de un modo u otro hubiera sido una broma retorcida que no estaba dispuesto a escupirme a mi mismo. Opté por lo mas sencillo.

- No lo recuerdo-

Nadie se atrevería a colgarme el letrero de Miserable Mentiroso. Mis palabras eran tan sinceras como mi soberana falta de memoria. Si era una burda mentira, yo mismo creería lo que estaba diciendo, con lo que si para mí era cierto, *mutatis mutandi* lo sería para el resto del universo colapsado de mi alrededor, y por extensión debida, para mi compañero entrometido. Desde aquel momento bajé le telón de la cordialidad, me veía preso de mi falta ingeniosa de dar respuestas útiles al bulto que me hacía las preguntas, así comencé a ignorarlo descaradamente. Nunca había grabado un decálogo de la cordial convivencia, entre otras cosas porque nunca lo había necesitado, ni me había imaginado que algún día me vería obligado a pensar en ello. Así que como no me debía a ninguna

moral artificial, las buenas maneras, si es que alguna vez las hubo, se acabaron. Silencio.

Fue en el preciso momento en que las cosas volvían a ser como antes, cuando vinieron a por él. Ese día, había comenzado con una extraña claridad en el sepulcro. Por lo visto estaban limpiando por fuera, y alguien había descubierto entre tantas toneladas de polvo, que existía una ventana traslúcida; se había puesto a rascar, hasta que finalmente nos regaló esa enigmática iluminación con la que habíamos comenzado la jornada. Con la novedad, hasta mi desvencijado compañero de encierro relucía con una intensidad especial, se diría que estuviera barnizado con una vitalidad fuera de lo común. Su semblante esmaltado miraba henchido de novedad al ventanuco. No era capaz de sonreír, pero podía percibir que cavilaba en cómo hacerlo; quizás jamás lo había hecho, y tenía que diseñar el protocolo adecuado para no equivocarse. A mí me había ocurrido algunas veces: buscaba motivos para la sonrisa, me ponía en situación..., y cuando me dejaba llevar por la dramatización, un mal paso me hacía despeñarme por el precipicio de lo absurdo, para, finalmente, sólo sentir náuseas y mareos. Pero conseguí hacerlo. Un día, después de meses practicando, dibujé en mi rostro lo más parecido a una mueca de alegría, o al menos me quedé satisfecho con el resultado. Quizás una prueba objetiva delante de un espejo me hubiera sumergido de nuevo en el lago de los mareos... No me importaba lo más mínimo. Demasiado tarde. Abrieron la puerta, le pusieron una especie de saco en la cabeza y nunca más volví a verle.

ERHS



on él fueron llegando más y más, siempre de uno en uno. Asomaban por la puerta hechos una piltrafa, les arrojaban a mi lado, y otra vez la misma historia. Casi todos estaban cortados por el mismo patrón, algunos un poco más descoloridos, otros más chamuscados, pero la mayoría con aspecto de haber sido abandonados, mostrando una extrema soledad de la cabeza a los pies. Ojos abatidos, casi hundidos en las cuencas, con unas ojeras infinitas fruto de largas veladas de tortura interior. Mejillas grisáceas, haciendo compañía a una especie de barba de moho encostrado. El resto, una masa sin orden ni concierto de ropajes roídos y malolientes unidos a unos zapatos usados por cien generaciones seguidas de desgraciados.

El segundo me resultó igual de despreciable que el primero. Había llegado medio muerto, sin hablar; ni tan siquiera podía levantar la mirada del suelo. Al poco, comenzaba a jugar la misma baza que el anterior. Y de nuevo otra amenaza a escasos centímetros de mi conciencia. Como no estaba por la labor, regresé de nuevo a cavilar un plan de acoso y derribo, una nueva coraza forjada en supervivencia y a prueba de parásitos. Y lo cierto es que durante el tiempo que lo puse en práctica, la cosa funcionó. No sabía cómo, pero en efecto, el nuevo apenas se atrevía a mirarme, mucho menos a dirigirme la palabra o a intentar cualquier conato de llamar mi atención. El contacto era imposible. Y mientras así fue, el halo de superioridad que me había ceñido en la cabeza hacía que me sintiera seguro. Al coronarme amo y señor del sepulcro había conseguido preservar mi pequeña parcela de seguridad, mis escasos escombros de conciencia no se verían pulverizados, y podría volver a mi rutina fantasmal de siempre. Así lo quería. Y así debería ser para que todo fuese bien.

Todavía recuerdo aquellos días como la época menos tediosa de mi existencia. Mientras me preocupaba por mantener limpio el panteón de mi integridad, los hedores a tumba fétida se iban disipando por las articulaciones de los nuevos huéspedes que me iban trayendo. Poco a poco, me olvidaba de los lustros que había odiado estar allí, solo, sin nada que hacer, ideando la forma de huir a toda costa. Ya ni siquiera me molestaba el ejercito de grises sombras que desfilaban a mi lado casi a diario, ahora esa era mi rutina, el miedo a lo desconocido desaparecía irremediabilmente, y con ello disfrutaba de alguna manera. Ahora sé que no duraría mucho.

Era un día como otro cualquiera, luz traslúcida y silencio a muerte. Me encontraba tranquilo y satisfecho porque acababan de llevarse a mi último huésped, y la vida seguía tal y como quería, ordenada, supurando certidumbre por los poros, barnizada con una nueva capa de protector contra las inclemencias de lo desconocido. De hecho, a este último lo había despedido con una sonrisa en la cara, como diría, menos forzada que a los anteriores. Me duró bien poco. Al poco de lanzar mis últimos *hastanuncas* con la mirada, la puerta volvió a chirriar, se abrió, y un nuevo despojo llegó para compartir mi universo, para ser el nuevo agujero negro que intentaría tragarse toda la galaxia tediosa que tanto adoraba.

No pude más que advertir que éste no era como los demás. Para empezar, no llegó con la mirada caída, mirando los entresijos del suelo. Incluso antes de fijarme en el desastre de ropa de traía, pude contemplar aquel rostro que, por alguna extraña razón, me resultaba tan familiar. No mostraba el típico abatimiento del recién llegado, el que tarde o temprano inspiraba más lástima que otra cosa, sino que tuve la sensación de que ya venía tramando algo, que su llegada no era sólo circunstancial, y que por nada del mundo desbarataría la cadena de pensamientos que su rictus dejaba adivinar. Decididamente, aquél ya no era un día como otro cualquiera.

- Me imagino que no has llegado hoy- Dijo el recién llegado.

Era curioso, apenas había ido a parar al suelo y ya estaba con ánimo de hablarme. Yo no tenía ni la más mínima intención de responder.

- No tienes por qué tenerme miedo. Llevo demasiado tiempo, no recuerdo cuanto, sin hablar con nadie.

No dije ni mu.

- De donde vengo era el único como yo. Nadie hablaba, ni pestañeaban siquiera, sólo silencio y ausencia de movimiento. Por eso duré poco allí. Terminaron por trasladar mis entumecidos engranajes a un lugar donde sí que se hablaba y la gente, al menos, se saludaba de vez en cuando. Todo era exageradamente raro ¿sabes? O no los entendía, o sólo se comunicaban con monosílabos: sí a esto, no

a esto, sí hoy, no mañana. Y como te digo, nunca pude hablar, conversar, discutir con nadie. Era imposible. Al final me sacaron de aquel infierno de sólo dos letras y cuatro gestos, y llegué aquí.

Escuchaba atentamente toda aquella historia sin pies ni cabeza, hasta que conseguí alzar la mirada y prestar atención al rostro que me estaba lanzando proyectiles de auxilio, señales de emergencia, como las bengalas de los barcos para advertir de un naufragio inexorable. Una debió caerme cerca y comenzó a quemarme la curiosidad.

- Aun no se siquiera si puedes hablar. ¡Maldita sea mi existencia! ¡Maldita la hora en que me trajeron al mundo y grabaron a fuego en mi ser aquello de “Puede Hablar”! ¡Maldita sea, habla saco de mierda, háblame!

Jamás, ni tan siquiera en los momentos más al límite de mis desdichadas eternidades de amargura, nadie me había insultado de tal manera. Alguna vez percibí miradas de rencor, incluso de odio apagado de impotencia, pero dar forma a esos sentimientos con la palabra era cruzar la delgada línea de la hospitalidad.

- No creo que esa sea la forma adecuada de tratar al anfitrión del Nuevo Mundo al que acabas de llegar -

¿Pero, qué respuesta era esa? No me podía creer la bazofia que había soltado por la boca... La falta de práctica me había oxidado el trato en compañía, y mi conversación se había convertido en un trasto viejo comido por las telarañas, olvidado en el desván de la memoria. Sentí una profunda vergüenza, y al ver que no había provocado respuesta alguna en el nuevo, volví a intentarlo.

- No soy un saco de mierda, y tú ¿quién demonios te has creído que eres?

Estuvo unos segundos dilatados y tensos mirándome con cara de alivio; no sonreía, pero las tripas le retorcían el rostro para expresar alegría. Como no tenía claro si volvería a decir algo, o sólo había sido una broma de mal gusto que algún dueño de mi encierro me estaba gastando, iba a volver a intentarlo por última vez, cuando...

- No tienes la más remota idea de cuánto tiempo te he estado esperando.

CUATRO



Siempre había estado allí. Mis recuerdos en aquel lugar eran los únicos que se mantenían al disiparse las brumas de las oscuras lagunas de mi memoria. Estaba completamente seguro; jamás había estado en otro lugar, y del mismo modo, desde que podía recordarme como un ser dotado de conciencia, nunca había tenido noticia alguna, descripción o señal verdadera de que existieran otros lugares diferentes de aquellas paredes que me cobijaban desde tiempos remotos. Hubo un tiempo en que soñaba con salir de allí, huir, manejarme solo por el mundo y navegar por el mar océano del libre albedrío. Pero de todos los sueños se despierta uno, así que los desvelos de esperanza que me escocían la mente, murieron con las primeras luces de la mañana. Pero cierto día, alguien limpia la mugre de los cristales que me separaban del infinito mundo, y como un rayo de luz velado pero poderoso, se presenta a mi lado alguien que dice haber estado esperándome por siglos y siglos, esperando poder conversar más allá de la dictadura del monosílabo, del gesto desganado, con alguien con la capacidad de entender las leyes simples del diálogo. Y aquello me aterrorizaba. No sólo porque invariablemente había perdido la práctica de las relaciones sociales, de las convenciones de una charla saludable, sino simple y llanamente porque ya no recordaba cuánto tiempo llevaba construyéndome una cárcel oscura a prueba de intromisiones indeseables, un armazón que había forjado en el fuego de la supervivencia y el egoísmo puro. Se habían olvidado de mí, había olvidado todo lo demás.

Al principio la cosa tenía visos de terminar igual que con mis anteriores compañeros. De vez en cuando me miraba, preguntaba si tenía ganas de hablar, se interesaba por mi salud, por el óxido de mis articulaciones, incluso se asomaba intentando asaltar el interior de mis roídos y harapientos ropajes como para descifrar el tipo de engranajes que hacían de mí algo diferente. Y yo seguía confiando en mis dotes de aislamiento total, continuaba tejiendo finamente una capa que me incomunicara de aquel entrometido, y así terminar por sepultar sus esperanzas con las mías.

Sin embargo, insistía. Llegaron los días en que regularmente, desde bien temprano, comenzaba su revisión de mi estado de ánimo, desarrollaba las pesquisas sobre el informe de mi salud, y comenzaba a interrogarme por mis asuntos.

- Mira, si no quieres hablarme, lo entiendo; no me conoces de nada.

Y seguía inspeccionando mi alrededor, mis gestos, mis suspiros. Hábil y descaradamente estaba minando mis nervios a base de entrometerse en mi soledad, de sembrar de dinamita los pilares de mi voluntad.

- Pronto comenzarás a entender esta situación y qué es lo que hago aquí, a tu lado. Es inútil que rehuyas mi amistad, más aun cuando te la estoy ofreciendo a un bajo coste, simplemente te pido un intercambio de pareceres, que accedas a un trueque de sentido común.

Sus gestos terminaron por no ofenderme. La fuerza de la costumbre comenzó a hacer mella en mis hábitos, y ya no me importaba que me mirara de arriba abajo, que se preocupara por mi oscuras entrañas. En poco tiempo su voz, ese discurso que llevaba repitiendo desde el primer día que llegó, se había convertido en la sintonía de fondo de mi nueva vida en compañía. Ciertamente sabía cuando callarse, emplear las palabras adecuadas, una justa medida del discurso que, sin duda ahora lo sé, buscaba arrancar la costra de hostilidad que aun conservaba y que hacía que todos y cada uno de mis entresijos se mantuvieran unidos. Y así empezó todo.

- No recuerdo cuántos infinitos llevo aquí encerrado.

Sólo sentencí la misma frase que me venía repitiendo tanto tiempo a mí mismo, como una letanía que canta penitencia. No dije más. Y eso que una vez abierto el cerrojo de la conversación tuve la irremediable y compulsiva sensación de seguir hablando, como un retoño recién nacido que necesita continuar con su toma de alimento, comido por la ansiedad del hambre, corriendo el riesgo de atragantarse y vomitarlo todo. Pero no era una criatura recién parida en este mundo, más bien un viejo paranoico que se había quedado sin dientes, masticando y regurgitando una y otra vez los mismos planes, las mismas obsesiones.

Al día siguiente, mi constante y persuasivo compañero continuó con sus pesquisas.

- Buenos días querido amigo, espero que hoy tengas los humores menos negros que ayer, y podamos continuar la conversación que dejamos a medias.

Los buenos días, eran un gesto corriente, monótono y sin gracia, que mi nuevo compañero repetía cada uno de los amaneceres que ambos presentíamos a través de aquella jaula translúcida. Pero yo no tenía amigos. Ni los había querido jamás. Todos mis esfuerzos en aquella prisión se habían encaminado a sembrar de minas cualquier atisbo de relación cercana, no quería compartir el calor de la cercanía, ni aguantaba la adulación generosa de la conversación confidente. Y es que todos los días, sin dejarme ni uno solo en el desván de la desmemoria, continuaba mi particular terrorismo profiláctico, de aislamiento puro y duro, a la espera de encontrarme de bruces con la cosecha de mis delirios. No sólo no tenía amigos, sino que había asesinado la posibilidad de tenerlos, me había convertido en un homicida para todo aquello que quisiera perturbar el castillo de líquenes y olor a herraje podrido que me envolvía. Aun así...

- Si tú lo dices. No apostaría ni uno sólo de mis ligamientos a que ahora mismo es de día.
- Tranquilo, es un formalismo como otro cualquiera. Me alegra que por lo menos hayas abierto la boca.

No había levantado la cabeza, ni tan siquiera, cuando había decidido escupir mis impertinencias. Pero, cosas de la debilidad y el encierro, la raíces del diálogo comenzaban a abrirse camino en las entrañas de una semilla que, hasta ahora, parecía quemada por el frío. Y allí estaba, delante de mí, con esa sonrisa paciente, sin esperar nada a cambio, mostrándome una senda que jamás había imaginado que pudiera existir, por la que pasear con seguridad, con un margen al borde que me permitiera no sentir vértigo, y así disfrutar de cada paso, de cada milímetro avanzado. Sólo tenía que echar a andar...y continuar la conversación.

CLINICO

- ¿Por qué crees que nunca has podido moverte de este lugar? ¿Nunca has probado el sabor empalagoso de la vida fuera de este mortuario?

Si nunca había tenido amigos era porque no los había querido, y si nunca había decidido saciar mi apetito de aventuras era porque, sencillamente, no tenía hambre. Al fin había llegado el momento, el de verme cara a cara con mis decisiones, de dar explicaciones más allá de mis horas muertas. Ahora tenía un interlocutor, o yo diría que un inquisidor amable, que había llegado para quedarse; y no sólo eso, para hacerme compañía, y sentirla cercana, agradable. Por lo que, a mi modo de ver, tenía dos opciones: o caminar juntos, y tejer una manta que nos cobijara del frío infinito que roía nuestras bisagras, o hundirme en el negro aislamiento y seguir como hasta ahora. Tanto una como la otra, me daban la sensación de tener que firmarlas *ad nauseam*, para siempre.

Mientras meditaba mi decisión, mi compañero había pasado a otra ofensiva algo más agresiva para seguir contando con mis dotes de tertuliano. No se rendía. Y, la verdad, de vez en cuando dejaba escapar algún comentario breve, guillotinado a las pocas palabras, suficiente para ampliar el número de segundos libres de nuevas impertinencias. Una extraña manera de no sentirnos solos, asfixiados por la monotonía. Una forma, al fin y al cabo, de agasajarnos bajo un mismo techo... Hasta que caí en la cuenta. No quería hacer un nidito caliente con aquel tipo locuaz, menos aun con la quietud sin final de aquella cripta mugrienta. La diatriba me resultaba tan falsa como los intentos de relacionarme fuera de un patrón construido a base de siglos de testarudez. Pero ni una cosa ni la otra, romper el círculo, dejar atrás el determinismo rancio que me gobernaba sin piedad, se estaba convirtiendo en la mejor y única opción que iba a considerar.

- ¿Te imaginas? Deberías probar y olvidarte de todo esto.

No quería oír nada más. Era como si tuviera el honor de haberseme concedido una bula redentora, un salvoconducto sellado por las más altas instancias del universo del moho y el polvo sin fin. Tan cerca tenía la puerta de aquella prisión que casi podía acariciar el picaporte y abrazarme a él; y es que me resultaba tan sumamente fácil pensar en salir del agujero, que ya ni recordaba el por qué de tanta obstinación por el hundimiento y la esclavitud, y sentía que después de tanto tiempo, de tanta energía disipada, había llegado mi turno.

De buenas a primeras había confeccionado un plan de vuelo, con fecha y hora de salida, con una vía para la evasión y varias alternativas para su ejecución. Calibraba al detalle cada uno de los inconvenientes, de los posibles imprevistos que pudieran asaltarme al cuello y dar al traste con todo. Sólo podía pensar en ello. Intentaba por todos los medios que mi compañero no se percatara de nada de lo que discurría en mi cabeza.

Para ello había empezado a entablar conversación más a menudo, ceder el tesoro de mis palabras a cambio de más margen de maniobra. Y estaba resultando, porque al cabo de unos días tenía estudiado todo mi entorno, reconocía al detalle la más leve mota de polvo que cambiaba de lugar, podía encuadrar al milímetro cualquier elemento de mi reducida prisión cósmica, nada escapa a mis pesquisas.

Sin embargo, al mismo tiempo que iba cartografiando todo aquello que me rodeaba, había logrado reconocer las cadenas de fantasía que me amarraban en el suelo. Fue realmente fácil revisar uno por uno todos los eslabones, llegar a los grilletes que me unían al suelo, para finalmente detenerme ante la más pura y simple de las tragedias, el primer fogonazo de lucidez en siglos de anestesia y mentiras. ¿Por qué demonios nunca había tropezado con semejante perogrullada? ¿Qué nefasta conciencia de mí mismo había soportado sobre mis hombros durante tantos infinitos de soledad? Por momentos, la tristeza comenzaba a desmembrar mi sentidos; a base de claridad me estaba descuartizando una silueta que ya ni siquiera reconocía, que sólo odiaba, que sólo quería ver desaparecer. ¿Si sólo tenía que mirarme la punta del pie, por qué tanta obsesión con los muros de la cueva? ¿Acaso un halo ponzoñoso y narcótico me abrazaba los sentidos, la razón, para dejarme un mínimo de aire lúcido? ¡Cuántas preguntas para una sola respuesta!

Golpeaba mis tobillos: Madera. Golpeaba mis muslos: Madera. Golpeaba mi vientre: Madera. Golpeaba mi cabeza: Madera.

Simple y llanamente había descubierto el origen de todas mis incapacidades, la génesis de una maldición con baño de barniz y engrasado de aceite de máquina. El óxido, los olores a pintura, la procesión de espectros maltrechos que venían y se marchaban por donde llegaban, ahora lo entendía. Una marioneta, un autómatas capaz de hablar, pero no de moverse, capaz de atormentarse pero no de huir para siempre del ruido a bisagra

desvencijada, dotado de conciencia únicamente para servirme de estilete suicida. Capaz de pensar en millones de cosas y no realizar ninguna, esperar por siempre algo que ya sé que será nada, y aun así continuar siendo capaz de todo.

Y así, mientras devenía en autodisolución cobijándome en el umbral de la nada, allí enfrente, con la sonrisa cotidiana de la más pura y clara necesidad, alguien observaba la escena sin percatarse del desastre que acababa de acontecer, sabiéndose poseedor del único beneficio que aquel almacén de juguetes regalaba...

- No tienes la más remota idea de cuánto tiempo te he estado esperando.